

Instrucciones para subir una escalera

Julio Cortázar

Nadie habrá dejado de observar que con frecuencia el suelo se pliega de manera tal que una parte sube en ángulo recto con el plano del suelo, y luego la parte siguiente se coloca paralela a este plano, para dar paso a una nueva perpendicular, conducta que se repite en espiral o en línea quebrada hasta alturas sumamente variables. Agachándose y poniendo la mano izquierda en una de las partes verticales, y la derecha en la horizontal correspondiente, se está en posesión momentánea de un peldaño o escalón. Cada uno de estos peldaños, formados como se ve por dos elementos, se sitúa un tanto más arriba y adelante que el anterior, principio que da sentido a la escalera, ya que cualquiera otra combinación producirá formas quizá más bellas o pintorescas, pero incapaces de trasladar de una planta baja a un primer piso.

Las escaleras se suben de frente, pues hacia atrás o de costado resultan particularmente incómodas. La actitud natural consiste en mantenerse de pie, los brazos colgando sin esfuerzo, la cabeza erguida aunque no tanto que los ojos dejen de ver los peldaños inmediatamente superiores al que se pisa, y respirando lenta y regularmente. Para subir una escalera se comienza por levantar esa parte del cuerpo situada a la derecha abajo, envuelta casi siempre en cuero o gamuza, y que salvo excepciones cabe exactamente en el escalón. Puesta en el primer peldaño dicha parte, que para abreviar llamaremos pie,

se recoge la parte equivalente de la izquierda (también llamada pie, pero que no ha de confundirse con el pie antes citado), y llevándola a la altura del pie, se le hace seguir hasta colocarla en el segundo peldaño, con lo cual en este descansará el pie, y en el primero descansará el pie. (Los primeros peldaños son siempre los más difíciles, hasta adquirir la coordinación necesaria. La coincidencia de nombre entre el pie y el pie hace difícil la explicación. Cuidese especialmente de no levantar al mismo tiempo el pie y el pie). Llegado en esta forma al segundo peldaño, basta repetir alternadamente los movimientos hasta encontrarse con el final de la escalera. Se sale de ella fácilmente, con un ligero golpe de talón que la fija en su sitio, del que no se moverá hasta el momento del descenso.

Fin



Instrucciones para llorar

Dejando de lado los motivos, atengámonos a la manera correcta de llorar, entendiendo por esto un llanto que no ingrese en el escándalo, ni que insulte a la sonrisa con su paralela y torpe semejanza. El llanto medio u ordinario consiste en una contracción general del rostro y un sonido espasmódico acompañado de lágrimas y mocos, estos últimos al final, pues el llanto se acaba en el momento en que uno se suena enérgicamente. Para llorar, dirija la imaginación hacia usted mismo, y si esto le resulta imposible por haber contraído el hábito de creer en el mundo exterior, piense en un pato cubierto de hormigas o en esos golfos del estrecho de Magallanes en los que no entra nadie, nunca. Llegado el llanto, se tapaná con decoro el rostro usando ambas manos con la palma hacia adentro. Los niños llorarán con la manga del saco contra la cara, y de preferencia en un rincón del cuarto. Duración media del llanto, tres minutos.

Fin

JC



EL AUTOR

Julio Cortázar (Ixelles, Bélgica, 1914- París, Francia, 1984). Escritor argentino nacido en Bélgica. Uno de los grandes maestros latinoamericanos del relato fantástico. Su escritura ahonda en ese territorio, pero sin desligarse de la realidad cotidiana. En ese empeño, apela en muchas ocasiones al humor. *Rayuela* (1963), su novela más conocida, está catalogada entre los más logradamente audaces experimentos literarios del siglo XX. Destacan también en su abundante obra títulos como *Historias de cronopios y de famas* (1962), *Todos los fuegos, el fuego* (1966), *La vuelta al día en ochenta mundos* (1967), *Octaedro* (1974) y *Queremos tanto a Glenda* (1980).



Los gatos de Ulthar

H. P. Lovecraft

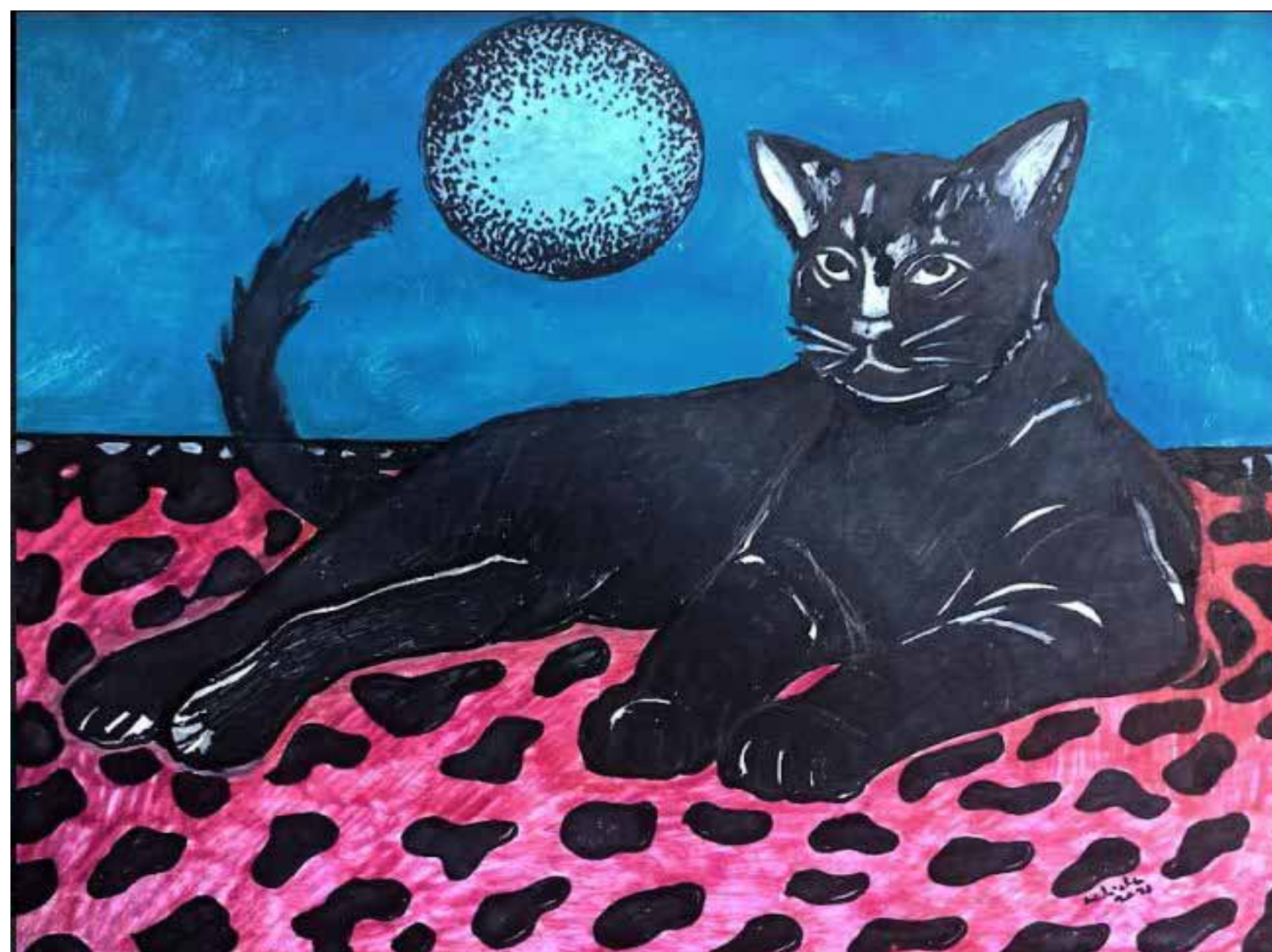
Se dice que en Ulthar, que se encuentra más allá del río Skai, ningún hombre puede matar a un gato; y ciertamente lo puedo creer mientras contemplo a aquel que descansa ronroneando frente al fuego. Porque el gato es críptico, y cercano a aquellas cosas extrañas que el hombre no puede ver. Es el alma del antiguo Egipto, y el portador de historias de ciudades olvidadas en Meroe y Ophir. Es pariente de los señores de la selva, y heredero de los secretos de la remota y siniestra África. La Esfinge es su prima, y él habla su idioma; pero es más antiguo que la Esfinge y recuerda aquello que ella ha olvidado. En Ulthar, antes de que los ciudadanos prohibieran la matanza de los gatos, vivía un viejo campesino y su esposa, quienes se deleitaban en atrapar y asesinar a los gatos de los vecinos. Por qué lo hacían, no lo sé; excepto que muchos odian la voz del gato en la noche, y les parece mal que los gatos corran furtivamente por patios y jardines al atardecer. Pero cualquiera fuera la razón, este viejo y su mujer se deleitaban atrapando y matando a cada gato que se acercara a su cabaña; y, a partir de los ruidos que se escuchaban después de anochecer, varios lugareños imaginaban que la manera de asesinarlos era extremadamente peculiar. Pero los aldeanos no discutían estas cosas con el viejo y su mujer; debido a la expresión habitual de sus marchitos rostros, y porque su cabaña era tan pequeña y estaba tan oscuramente escondida bajo unos desparramados robles en un descuidado patio trasero. La verdad era, que por más que los dueños de los gatos odiaran a estas extrañas personas, les temían más; y, en vez de confrontarlos como asesinos brutales, solamente tenían cuidado de que ninguna mascota o ratonero apreciado, fuera a desviarse hacia la remota cabaña, bajo los oscuros árboles. Cuando por algún inevitable descuido algún gato era perdido de vista, y se escuchaban ruidos después del anochecer, el perdedor se lamentaría impotente; o se consolaría agradeciendo al Destino que no era uno de sus hijos el que de esa manera había desaparecido. Pues la gente de Ulthar era simple, y no sabía de dónde vinieron todos los gatos.

Un día, una caravana de extraños peregrinos procedentes del Sur entró a las estrechas y empedradas calles de Ulthar. Oscuros eran aquellos peregrinos, y diferentes a los otros vagabundos que pasaban por la ciudad dos veces al año. En el mercado vieron la fortuna a cambio de plata, y compraron alegres cuentas a los mercaderes. Cuál era la tierra de estos pe-

regrinos, nadie podía decirlo; pero se les vio entregados a extrañas oraciones, y que habían pintado en los costados de sus carros extrañas figuras, de cuerpos humanos con cabezas de gatos, águilas, carneros y leones. Y el líder de la caravana llevaba un tocado con dos cuernos, y un curioso disco entre los cuernos.

En esta singular caravana había un niño pequeño sin padre ni madre, sino con solo un gatito negro a quien cuidar. La plaga no había sido generosa con él, mas le había dejado esta pequeña y peluda cosa para mitigar su dolor; y cuando uno es muy joven, uno puede encontrar un gran alivio en las vivaces travesuras de un gatito negro. De esta forma, el niño, al que la gente oscura llamaba Menes, sonreía más frecuentemente de lo que lloraba mientras se sentaba jugando con su gracioso gatito en los escalones de un carro pintado de manera extraña. Durante la tercera mañana de estadía de los peregrinos en Ulthar, Menes no pudo encontrar a su gatito; y mientras sollozaba en voz alta en el mercado, ciertos aldeanos le contaron del viejo y su mujer, y de los ruidos escuchados por la noche. Y al escuchar esto, sus sollozos dieron paso a la reflexión, y finalmente a la oración. Estiró sus brazos hacia el sol y rezó en un idioma que ningún aldeano pudo entender; aunque no se esforzaron mucho en hacerlo, pues su atención fue absorbida por el cielo y por las formas extrañas que las nubes estaban asumiendo. Esto era muy peculiar; pues mientras el pequeño niño pronunciaba su petición, parecían formarse arriba las figuras sombrías y nebulosas de cosas exóticas; de criaturas híbridas coronadas con discos de costados astados. La naturaleza está llena de ilusiones como esa para impresionar al imaginativo.

Aquella noche los errantes dejaron Ulthar, y no fueron vistos nunca más. Y los dueños de casa se preocuparon al darse cuenta de que en toda la villa no había ningún gato. De cada hogar el gato familiar había desaparecido; los gatos pequeños y los grandes, negros, grises, rayados, amarillos y blancos. Kranon el Anciano, el burgomaes-



tre, juró que la gente siniestra se había llevado a los gatos como venganza por la muerte del gatito de Menes, y maldijo a la caravana y al pequeño niño. Pero Nith, el enjuto notario, declaró que el viejo campesino y su esposa eran probablemente los más sospechosos; pues su odio por los gatos era notorio y, con creces, descarado. Pese a esto, nadie osó quejarse ante la dupla siniestra, a pesar de que Atal, el hijo del posadero, juró que había visto a todos los gatos de Ulthar al atardecer en aquel patio maldito bajo los árboles. Caminaban en círculos lenta y solemnemente alrededor de la cabaña, dos en una línea, como realizando algún rito de las bestias, del que nada se ha oído. Los aldeanos no supieron cuánto creer de un niño tan pequeño; y aunque temían que el malvado par había hechizado a los gatos hacia su muerte, preferían no confrontar al viejo campesino hasta encontrárselo afuera de su oscuro y repelente patio.

“

En esta singular caravana había un niño pequeño sin padre ni madre, sino con solo un gatito negro a quien cuidar”.

De este modo Ulthar se durmió en un infructuoso enfado; y cuando la gente despertó al amanecer ¡he aquí que cada gato estaba de vuelta en su acostumbrado fogón! Grandes y pequeños, negros, grises, rayados, amarillos y blancos, ninguno faltaba. Aparecieron muy brillantes y gordos, y sonoros con ronroneante satisfacción. Los ciudadanos comentaban unos con otros sobre el suceso, y se maravillaban no poco. Kranon el Anciano nuevamente insistió en que era la gente siniestra quien se los había llevado, puesto que los gatos no volvían con vida de la cabaña del viejo y su mujer. Pero todos estuvieron de acuerdo en una cosa: que la negativa de todos los gatos a comer sus porciones de carne o a beber de sus platillos de leche era extremadamente curiosa. Y durante dos días enteros los gatos de Ulthar, brillantes y lánguidos, no tocaron su comida, sino que solamente dormitaron ante el fuego o bajo el sol.

Pasó una semana entera antes de que los aldeanos notaran que, en la cabaña bajo los árboles, no se prendían luces al atardecer. Luego, el enjuto Nith recalcó que nadie había visto al viejo y a su mujer desde la noche en que los gatos estuvieron fuera. La semana siguiente, el burgomaestre decidió vencer sus miedos y llamar a la silenciosa morada, como un asunto del deber, aunque fue cuidadoso de llevar consigo, como testigos, a Shang, el herrero, y a Thul, el cortador de piedras. Y cuando hubieron echado abajo la frágil puerta solo encontraron lo siguiente: dos esqueletos humanos limpiamente descarnados sobre el suelo de tierra, y una variedad de singulares insectos arrastrándose por las esquinas sombrías.

Posteriormente hubo mucho que comentar entre los ciudadanos de Ulthar. Zath, el forense, discutió largamente con Nith, el enjuto notario; y Kranon y Shang y Thul fueron abrumados con preguntas. Incluso el pequeño Atal, el hijo del posadero, fue detenidamente interrogado y, como recompensa, le dieron una fruta confitada. Hablaron del viejo campesino y su esposa, de la caravana de siniestros peregrinos, del pequeño Menes y de su gatito negro, de la oración de Menes y del cielo durante aquella plegaria, de los actos de los gatos la noche en que se fue la caravana, o de lo que luego se encontró en la cabaña bajo los árboles, en aquel repugnante patio. Y, finalmente, los ciudadanos aprobaron aquella extraordinaria ley, la que es referida por los mercaderes en Hatheg y discutida por los viajeros en Nir; a saber: que en Ulthar ningún hombre puede matar a un gato.

Fin

EL AUTOR



H.P. Lovecraft (Providence, Rhode Island, Estados Unidos, 1890-1937). Novelista y cuentista, considerado uno de los grandes maestros del género de misterio y la ficción terrorífica. Algunos títulos destacados de su extensa obra son *Historias del Necronomicon* (1927), *En las montañas de la locura* (1931) y *El que acecha en el umbral* (póstumo, 1945). Muchas de sus obras han sido adaptadas al cine.

Tres relatos cortos indígenas

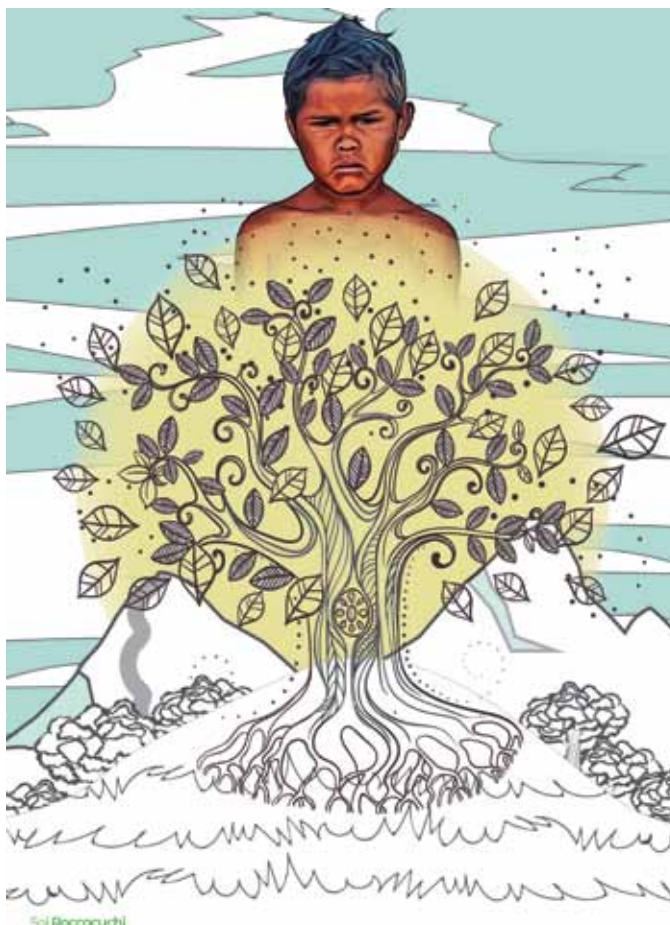
Wazacá, el árbol del mundo

Más allá del Gran Valle del Karoní, más allá del Auyan-Tepuy. En los límites mismos con la espesura de la selva, se hallaba el gran Wazacá o Árbol del Mundo, que daba toda clase de frutos con los cuales se alimentaban los hijos de Kuay Mare. Un día el orgulloso Ma Nápe quiso derribarlo para así no tener que subir más hasta lo alto de sus ramas en busca de los apetecidos frutos. Pese a las advertencias de su mujer, como pudo, logró derribar al gran árbol y este, en su caída, destrozó buena parte de la tierra y levantó el inmenso cerro del Roraima y a todos los tepuyes, hasta donde huyeron unos pocos guaraos, y desvió las aguas del gran río que se tragaba al mar y éstas comenzaron a inundarlo todo.

Los hombres y las mujeres y los niños y los ancianos murieron ahogados. Solo lograron salvarse los pocos que subieron hasta los tepuyes.

Desde entonces, como castigo del gran dios que habita en el Mar de Arriba, el gran Árbol del Mundo se perdió y los hombres y mujeres comenzaron a padecer un hambre infinita. Y por ello deben trabajar para alimentarse.

Fin



Sol Roccocuchi

Amalivaca

Cuando las grandes aguas del Orinoco, el río padre que devoró el mar, inundaron toda la tierra y ahogaron a todas las gentes, apareció Amalivaca con sus dos hijas y Vochi, su hermano.

Llegaron en una canoa y habitaron una cueva en lo alto de los tepuyes hasta donde no habían logrado llegar las grandes aguas.

Muy cerca en otro tepuy, habitaba una pareja, sobreviviente de la caída del Gran Árbol. Cerca de ellos estaba la Palmera o moriche de la vida. Amalivaca les sugirió que tomaran unas pocas semillas y las arrojaran por sobre los hombros. Asombrados, el hombre y la mujer, vieron como de aquellas semillas brotaban otros hombres y otras mujeres.

Quebró después Amalivaca las piernas a sus hijas, para que no pudieran ir de un lado para otro, y las casó con aquellos hombres. La tierra de abajo comenzó a poblarse nuevamente.

Antes de remontar las grandes aguas del río padre, previno Amalivaca a las nuevas gentes sobre unos destructivos y crueles y vengadores hombres barbados que habrían de llegar en el final de los tiempos en grandes canoas. Y los Karibes se prepararon para recibirlos...

Fin



Kuay Mare

En el principio de los tiempos reinaba el caos. Y sobre el Gran Mar de Arriba moraba el misericordioso Kuay Mare, padre de todo lo creado.

Se entretenía el Gran señor moldeando figuritas con los frutos de la Palma de Moriche. Los creaba, según su semejanza, varón y hembra, y poniéndolos sobre una curiara, en el Gran Mar de Abajo, soplándoles los ojos les trasmitía el aliento y con ello la vida. Los Karibes comenzaban a poblar el Gran Mundo de Abajo.

Una tarde, Koroata, su mujer, viendo acabado el maíz para hacer el pan y terminada la leche para darles a sus hijos le recriminó:

—Deja ya tanta holgazanería, que nada bueno sacarás de esas figuritas. Mira que tus artilugios no nos darán de comer. Anda al campo, recoges el maíz, ordeñas la vaca y das de mamar al becerro. Y al séptimo día hubo Kuay Mare de suspender la creación del universo, para salir en busca de la mazorca y de la leche y con ello aplacar la cólera de su mujer.

Fin



Sol Roccocuchi

EL COMPILADOR

Enrique Plata Ramírez

(Maracaibo, 1959). Doctor en Literatura Hispanoamericana. Investigador de la Universidad de Los Andes. Obtuvo el Premio de Novela de la Asociación de Profesores de la ULA (2003) por *Ya no estás más a mi lado corazón*, y el Primer Premio de Ensayo de la misma asociación (2004) por *Al acecho de la postmodernidad*, el Caribe cuenta y canta, entre otros reconocimientos. Los relatos aquí presentados fueron transcritos y compilados por él para la publicación *Territorios sagrados y otros espacios cercanos*, editado por la editorial El perro y la rana (2011).



Recopilación de Enrique Plata Ramírez.